

# **Apuntes sobre la crisis del Socialismo del Siglo XXI en Venezuela<sup>1</sup>**

**Antonio Scocozza**

*Università degli Studi di Salerno*

**Mariarosaria Colucciello**

*Università degli Studi di Salerno*

## **Resumen**

Las dificultades padecidas hoy día por la sociedad venezolana en particular –y en general por América Latina– representan el indicador más profundo y verdadero de que el proyecto llevado a cabo por el “socialismo del siglo XXI” y, sobre todo, por el chavismo-madurismo no supo encontrar alternativas valederas para solucionar aquellos problemas estructurales que indujeron a los venezolanos a afiliarse al movimiento bolivariano, así como a abandonar a los antiguos portavoces de la democracia representativa. El fracaso del chavismo-madurismo contribuyó a que Venezuela cayera en la más profunda crisis de su historia.

**Palabras clave:** Venezuela, América Latina, crisis del socialismo del siglo XXI, Hugo Chávez, Nicolás Maduro.

## *Notes on the crisis of Socialism of the XXI Century in Venezuela*

## **Abstract**

The difficulties experienced today in particular by Venezuelan society –and, more generally, by Latin America– represent the deepest and most true indicator of the project carried out by the “socialism of the 21st century” and, above all, by Chavismo-Madurismo, has not been able to find valid alternatives to solve those structural problems that led Venezuelans to join the Bolivarian movement, and to abandon the old

---

<sup>1</sup> El presente artículo se inserta en el marco del 1er Congreso Internacional “Venezuela: Desde la búsqueda de la paz hasta el discurso político” que tuvo lugar en Roma (Italia) en la Universidad de Roma Tre, 6-8 de mayo de 2019.

A pesar de concebirse como un trabajo único, Antonio Scocozza se ha encargado de los párrafos “Introducción” y “Breve planteamiento teórico”, mientras Mariarosaria Colucciello lo hace de los párrafos “El fracaso del socialismo del siglo XXI” y “Consideraciones finales”.

spokespersons for representative democracy. The failure of Chavismo-Madurismo contributed to Venezuela falling into the deepest crisis in its history.

**Keywords:** Venezuela, Latin America, crisis of socialism of the 21st century, Hugo Chávez, Nicolás Maduro.

## **1. Introducción**

La América hispanohablante no ha tenido nunca una identidad clara como región que le permitiera crear y mantener un estatus elevado en la comunidad internacional, sacar provecho de las patentes y, al mismo tiempo, enriquecedoras diferencias culturales y, además, superar las problemáticas internas de sus países. La desunión existente en el subcontinente ha hecho que los Estados no siempre fueran capaces de coordinar políticas solucionadoras de esas problemáticas. El “socialismo del siglo XXI” podría servir para el efecto. Aunque pueda parecerlo, este concepto no fue inventado por el exmandatario venezolano, Hugo Chávez Frías, pero seguramente fue su principal representante. La transición –basada en la aplicación de un modelo revolucionario democrático dirigido a generar un mundo más justo– que este personaje propulsó a nivel interno afectó a la mayoría de la sociedad. En su discurso la aplicación de la revolución se hizo carne en la población, y se convirtió en una forma de vida para la sociedad. De la misma manera, la crítica coyuntura económica, política, militar y social en que se encuentra hundido el país tras la muerte de su líder carismático no solo ha producido una de las peores crisis que el país haya vivido nunca, sino también diferentes medidas aciagas y funestas en lo que respecta al nivel interno y regional. Está claro que el proyecto del “socialismo del siglo XXI” del chavismo-madurismo no supo encontrar opciones posibles para superar los problemas estructurales que indujeron a los venezolanos a abrazar el movimiento bolivariano y a alejarse de los actores de la democracia representativa. De la misma manera, no fue capaz de abordar una estructura económica clarividente que remontase el carácter petrolero rentístico de la economía y que levantase las bases de un modelo productivo no dependiente de los vaivenes del precio internacional del petróleo. El Petroestado venezolano tampoco supo desmarcarse de los endémicos problemas relacionados con la corrupción y la ineficiencia administrativa. El fracaso del chavismo y de su socialismo provocaron el hundimiento de uno de los países más ricos en recursos naturales del mundo en una profunda y

global crisis que parece tener salidas muy lejanas e inciertas, además de no dejar de hacer llorar a sus paisanos y al mundo entero.

## **2. Breve planteamiento teórico**

Si nos preguntamos si tiene sentido seguir hablando de socialismo, podríamos contestar con palabras de Marta Harnecker (2011: 151): “dada la injusticia y desigualdad predominantes, hablar hoy de socialismo tiene sentido” porque, a pesar de su carga negativa tras el derrumbe de la Unión Soviética y el fin de su modelo en los demás países del Este de Europa, el capitalismo y las sociedades que ha forjado van fortaleciéndose y generando contradicciones cada vez más patentes que afectan a todos los ámbitos de la existencia humana. Su alcance mundial no ha cambiado de esencia, sino que su nivel de desarrollo conserva las características clásicas, que desembocan en la dominación, la opresión, la exclusión o marginalización de grupos enteros de personas, la obtención de ganancia y lucro a toda costa, la guerra y otras formas de violencia, etc. De ahí que –para Martínez Heredia (2008)– el socialismo sea el único modelo capaz de hacer frente a ese irrefutable poder y salvar así a la humanidad entera. Cuando, en 1996, el profesor alemán Heinz Dieterich, instalado en la región durante años, empezó a hablar de un socialismo que no volviera a cometer los errores del socialismo real, muchos intelectuales y expertos se enamoraron de la posibilidad de que también en América Latina pudiera existir un conjunto de ideologías y orientaciones políticas que tendiera a una transformación de la sociedad en sentido igualitario –o por lo menos proporcional– desde el punto de vista económico, jurídico y social. De 1996 a 2001, en su intento de sintetizar los pensamientos utópicos y los propósitos fallidos del modelo social anterior, este estudioso –fue uno de los primeros consejeros de Chávez, casi su poder en la sombra (Mujica y Rincón, 2008: 247) para luego, ya en los últimos años de sus mandatos, separarse de él y de sus ideas por considerarlo un caudillo que ponía en práctica un socialismo del siglo XXI personalizado– se refería a un nuevo concepto que transformaría la democracia participativa en una alternativa moderna al modelo capitalista. En esta relación entre proyecto histórico de Marx y nueva democracia, los ciudadanos contarían con una participación mayor en las decisiones políticas a tomar. *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI* (2005) y *La democracia participativa. El socialismo del siglo XXI* (2006) son el emblema del pensamiento del sociólogo europeo y la teorización de un proyecto especulativo del que Hugo Chávez se

hizo “populizador” a partir de 2005, cuando lo presentó en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, en Brasil, pretendiendo aplicarlo en su país y explotarlo a los demás como modelo. Podría resumirse que Dieterich basaba su planteamiento teórico en cuatro principios fundamentales:

1) La economía planificada de equivalencias. Sobre la base del concepto marxista del valor trabajo y el intercambio de equivalentes, esta teoría consistía en que ya no era el mercado o no debía ser solo el mercado el que estableciera el valor de las mercancías, sino que el mercado y el valor de las mercancías debían ser controlados también por quien las producía –una teoría que Marx hacía derivar y desarrolla directamente del liberalismo clásico–. Se trataba de reemplazar de forma gradual el principio regulador de la economía de mercado del precio con aquel de la economía socialista, es decir, el valor, que se consideraba como los insumos de tiempo necesarios para la generación de un producto. Al producir inevitablemente la crematística la centralización del capital y la concentración de la riqueza en pocas manos, para evitarlo se propuso una economía de equivalencias fundamentando el valor de los productos no en su valor subjetivo, sino en su coste de producción, evitando así la especulación y fomentando, al mismo tiempo, un intercambio igualitario.

2) La democracia directa. Este punto –muy interesante– derivaba de las asambleas de Porto Alegre, es decir, de una mayoría plebiscitaria que debía intervenir directamente y decidir sobre las cosas más importantes. En la toma de las decisiones la población adquiriría participación activa y utópicamente se construiría una sociedad en la que todos gobiernan y son gobernados al mismo tiempo. Constituye una crítica a la sociedad capitalista, pues los derechos políticos de la democracia representativa son una formalidad, incluso un mito, a pesar de ser necesarios, aunque no suficientes, para la sociedad democrática del futuro. Es un punto muy delicado y de difícil puesta en práctica si consideramos que en América Latina el porcentaje de personas que va a votar es muy bajo a causa de una real imposibilidad estructural de ejercer este derecho. Dieterich añadía que en el momento en el que él escribía ningún país podía ser considerado una democracia real-participativa, y solo unos treinta una democracia formal. Por otro lado, si se quiere dar una definición de democracia, un país es democrático

dependiendo de los ciudadanos que participan en la vida política (si solo el cuarenta por ciento de los ciudadanos vota, pues la democracia se ve debilitada, y evidentemente hay un problema serio en el fondo).

3) Un Estado no-clasista. En un Estado similar las funciones clasistas desaparecerían y, junto con estas, también la identidad represiva del Estado mismo, que se convertiría en administración legitimada de funciones generales.

4) El sujeto racional-ético-estético. Se proponía la creación de un ciudadano activo que lograra ser autodeterminante en política. Las instituciones quedaban reformadas y se creaba una ética nueva dirigida al cumplimiento del objetivo de crear un Estado no clasista, que superara todas las desigualdades existentes en el plano económico, racial y de género. El consiguiente “hombre nuevo” derivado de estos procesos tendría características decididas por el Estado.

Sobre la base de los puntos esbozados, el propietario intelectual del concepto de socialismo del siglo XXI llegó a unas conclusiones, que Hamburger Fernández (2014: 147-149) subraya más claramente:

a) Al acabar la civilización burguesa en la que se asienta el sistema capitalista, la aparición de este nuevo socialismo tiene sentido y se inserta en el agotamiento estructural de las instituciones básicas del sistema burgués, en la aparición de las estructuras constitutivas de la nueva civilización postburguesa en la sociedad contemporánea global y en la lógica de la evolución social de la humanidad (Dieterich, 2006: 2-31).

b) Este nuevo socialismo se presenta como Nuevo Proyecto Histórico, dirigido a un futuro que se plantea sobre la base de cuatro instancias fundamentales: una economía planificada de equivalencias, una democracia directa, un Estado no-clasista y un sujeto racional-ético-estético (Dieterich, 2006: 39-50).

c) El socialismo es la única alternativa real al neoliberalismo y para salir de la inviabilidad estructural América Latina tiene cuatro posibilidades –el proyecto de centro derecha o neoliberalismo, el proyecto de centroizquierda, la guerrilla clásica, y el proyecto bolivariano– de las que solo es valedero el proyecto bolivariano, es decir, la proposición de un bloque regional de poder –la Patria Grande– que supera las fronteras nacionales implementando un mercado y un

Estado regional capaz de defender el bloque proteccionista latinoamericano ante Estados Unidos y la Unión Europea. Además, dentro de las vías posibles de desarrollo para las naciones latinoamericanas, la democracia participativa es su mejor salida, por representar el futuro y su civilización (Dieterich, 2006: 66-73).

### **3. El fracaso del socialismo del siglo XXI**

Los acontecimientos de los últimos meses nos demuestran que el movimiento socioeconómico y cultural que se había adueñado por completo de los destinos políticos del sur del continente en realidad se había disfrazado con banderas que resultaron atractivas en primera instancia. Lastimosamente, bien entrado el año 2019, bien puede hablarse de socialismo del siglo XXI en términos pasados y de que su apuesta está miserablemente perdida. Hablamos en pasado con respecto no solo a Venezuela, sino también –para poner unos ejemplos– a Ecuador, Bolivia, Argentina, Brasil, etc. El socialismo del siglo XXI no correspondió a la teorización de Dieterich. En algunos países su fracaso no fue tan evidente como en Venezuela porque los líderes, aunque se aprovecharon de la política exterior de Hugo Chávez y del petróleo venezolano, se alejaron de algunas de sus posturas. Sin embargo, todos estuvieron caracterizados por “una intensificación del proceso de transformaciones de la estructura estatal y de las relaciones entre Estado y sociedad, continuando con la estatización de sectores de la economía de los poderes públicos a favor del gobierno de turno” (Ramírez Montañez, 2017: 108).

El régimen político de los Kirchner (Gerchunoff y Aguirre, 2004; Muñoz y Retamozo, 2008) estuvo caracterizado por un populismo cuyo objetivo era polarizar políticamente al país, concentrando el poder público en manos de los mandatarios y atacando constantemente a los medios de comunicación. La desaprobación hacia el final del segundo mandato de Cristina se generalizó sobre todo a causa de la gravísima crisis debida a los excesivos controles económicos, a los malos manejos en política monetaria, así como a la corrupción endémica no solo de funcionarios públicos, sino también de la misma familia presidencial. El régimen ecuatoriano de Rafael Correa (Ramírez Bonilla, 2015; Basabe-Serrano y Martínez, 2014) obtuvo sin lugar a dudas importantes resultados económicos y pareció ser la gloria del socialismo en América del Sur. Pero el crecimiento a costa del endeudamiento y de elevadas tarifas tributarias no podía hacer

otra cosa sino desincentivar el emprendimiento, tal vez la mayor fuente de riqueza en países de ese tipo.

La Bolivia de Evo Morales (Amaya y Pino, 2015) sigue moviéndose entre indigenismo, estatismo y populismo, unida bajo el liderazgo carismático de su presidente, el cual continúa dando discursos de igualdad, pero condenando al mismo tiempo la libertad de expresión cuando se habla contra su persona y sus decisiones. Brasil (Nieto, 2013) fue el centro de atención mundial por su rápido crecimiento, que lo llevó –entre otras cosas– a ser sede de dos encuentros deportivos muy importantes como el Mundial de Fútbol en 2014 y las Olimpiadas de Río de Janeiro en 2016. Sin embargo, las protestas ciudadanas por los gastos excesivos se mezclaban con la aumentada pobreza y los recortes presupuestarios en educación, mientras escándalos de corrupción derrotaban políticamente a Dilma Rousseff. En épocas muy recientes los gobiernos socialistas de América Latina han sufrido derrotas increíbles, como las de Correa, Kirchner y Morales, en lo que respecta a la prórroga de su mandato. El repudio de sus políticas tanto a nivel interno como internacional es el síntoma del rechazo de la población a la imperante corrupción, a la lamentable ejecución de políticas públicas, a la falta de respeto hacia la propiedad privada y, sobre todo, a las sistemáticas violaciones a los derechos fundamentales.

Tal vez Venezuela sea el caso más emblemático del giro a la izquierda que se produjo en el Subcontinente (Palmisciano y Scocozza, 2011), además de estar caracterizado por una de las situaciones sociales peores en la región, con sus actuales índices de delincuencia elevadísimos, con presos políticos marchitándose en las celdas repletas apestosas y hediondas, con la escasez de bienes de primera necesidad que provoca largas colas para adquirir lo que en cualquier otro país está al alcance de mano, con un presidente que hace alarde de sinsentidos todas las veces en que se le presenta la oportunidad. Estamos seguros de que este no era el final trágico imaginado por quien teorizó y puso en práctica el socialismo del siglo XXI en Venezuela; sin embargo, es cierto que Hugo Chávez y su delfín Nicolás Maduro cargan con la responsabilidad de años de crisis a la que contribuyeron con sus decisiones políticas, económicas, jurídicas y sociales falaces e injustas.

La subida al poder de Chávez –con más del 60% de los votos, cosa nunca vista en Venezuela, ni siquiera con Rómulo Betancourt o Rafael Caldera– marcó una ruptura en el estilo y manera de concebir y poner en práctica la política en Venezuela. Él decía que no tenía nada que ver con el socialismo y cuando empezó a hablar de revolución,

hablaba de una “revolución bonita”, de una revolución no violenta, que mantendría y acogería todos los principios democráticos. La decadente democracia consociativa y las políticas implementadas por los gobiernos anteriores –antes que todo el de Rafael Caldera– fueron abolidas por la ruidosa aparición del teniente coronel, que determinó también la descomposición del sistema político anterior surgido con el Pacto de Punto Fijo que, desde el lejano 1958, había mantenido la democracia en Venezuela, aunque vaciándola cada día de todo contenido.

El presidente recién elegido empezaba a convertirse en el fino estratega, dividido entre hombre de lucha y estadista de gobierno; los métodos revolucionarios a veces los sustituía con la cómoda y tranquilizadora imagen de líder político moderado, equilibrado y cristiano. La antigua aristocracia militar fue arrastrada, buscó eliminar del espectro electoral venezolano el anterior régimen asentado en el bipartidismo representado por los partidos Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) y Alianza Democrática (AD). Rompió el equilibrio venezolano fundamentado en la participación consociativa y el acceso a la esfera pública de una pluralidad de actores político-sociales, praxis que se había sedimentado a lo largo de cuatro décadas. En lugar de la democracia representativa incumplida, Chávez anunciaba la creación de una democracia participativa como fase superior de un proceso político capaz de producir cambios estructurales en la sociedad también por medio de reformas institucionales sustanciales.

Estas reformas respondían a la exasperación de la mayoría de los ciudadanos frente al despilfarro de recursos públicos y privados y a la corrupción del sistema de partidos tradicional, que había sabido crear una de las sociedades más desiguales del mundo. La revolución de Chávez se fraguó como respuesta a la crisis moral y ética que afectaba a Venezuela; los objetivos de su revolución bolivariana aspiraban no solo a la igualdad política, sino sobre todo a aquella social, económica y cultural. En particular, desde el punto de vista económico, se propuso apartarse del modelo neoliberal, resistiendo a los procesos espontáneos de la globalización, a través de una equilibrada relación entre mercado, sociedad y Estado, y haciendo converger la mano invisible del mercado con aquella visible del Estado. Planteó garantizar la propiedad privada, las privatizaciones y las inversiones extranjeras, pero dentro de los límites del interés superior del Estado, que veló por guardar su control hacia los sectores estratégicos, cuya venta equivaldría a la transferencia de una parte de la soberanía nacional.

Los ingredientes que Chávez mezcló eran antiimperialismo, nacionalismo y enfrentamiento a la oligarquía –en una palabra, la mística bolivariana–, además de populismo militar que se formalizó en las universidades abiertas a los uniformes de oficiales de humilde extracción social, tal y como él. Pero, sobre todo, la democracia debía ser participativa y protagónica, lo cual se fue plasmando en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999, un texto fabuloso, uno de los más bonitos del siglo pasado y de este, luego malamente reformado para doblarlo al principio y denominador común de muchos líderes políticos, el de seguir anclados en el poder.

El clima del primer gobierno de Chávez fue positivo sobre todo para las clases más pobres, que contribuyeron a fortalecer su proyecto ante la confrontación política siguiente. Así las cosas, “el éxito político trajo la tentación autoritaria por parte del Presidente. Empoderado, tanto por sus victorias contra insurrecciones opositoras como por procesos electorales frecuentes, donde operaba una lógica plebiscitaria, se fue fortaleciendo el personalismo del Presidente en detrimento de las instituciones. Por otra parte, destruida y fragmentada la oposición política y social y fortalecidos sectores militares leales a Chávez sobre civiles y partidos políticos de la coalición de gobierno, Chávez tomó la decisión unipersonal de ‘radicalizar’ el proceso de cambios. Con ello, la cara de la maldición de la renta petrolera asomó otra vez sus fauces...” (López Maya, 2016: 166).

El precio del barril empezó a aumentar a partir de 2003 y el bolivarianismo inicial se redujo básicamente a una fuerza política leal al presidente y al chavismo. La anterior democracia participativa y protagónica se convirtió en protagónica y revolucionaria, y el modelo de desarrollo –en principio un poco vago– se hizo socialismo del siglo XXI (López Maya y Lander, 2007). El segundo gobierno empezado en 2006 coincidió con un control absoluto sobre los poderes Legislativo, Judicial, Ciudadano y Electoral y aunque la población rechazó en un plebiscito la reforma constitucional de 2007 de un Estado socialista ‘comunal’, Chávez logró –supeditando a su voluntad el Poder Judicial– encontrar recursos administrativos e interpretaciones legales para hacer funcionar un régimen paralelo al constitucional.

A partir de 2009 los venezolanos empezaron a desconocer el mandato popular mientras los precios de los hidrocarburos sufrieron una bajada muy fuerte; poco a poco el país fue sumiéndose en una crisis profunda y la ulterior bajada de los precios del petróleo de 2014 repercutió negativamente en el abastecimiento de bienes básicos, medicinas y

alimentos. En medio de la corrupción del comercio de divisas, los controles de precios que favorecían el contrabando de gasolina a los países vecinos, una tasa de homicidios elevadísima que convirtió a Venezuela en una de las sociedades más violentas del planeta, el presidente Chávez dio comienzo a los viajes a Cuba para curarse de una enfermedad que lo llevaría a la muerte tras operaciones y tratamientos, no antes de anunciar el nombre de su sucesor.

Nicolás Maduro ganó las elecciones de 2013 con un margen muy bajo, y no mejoró su perfil poco carismático. Su orientación gubernamental errática, políticamente débil y sorda a todo reconocimiento del descontento de la población, acompañaba a un mercado petrolero deprimido y totalmente inestable. La rotunda derrota sufrida por el madurismo en las elecciones de 2015 aún no ha sido suficiente para liberar a esa población exhausta de sus garras poderosas. Independientemente de la opinión de uno, la muerte del presidente Hugo Chávez dejó un vacío político enorme que el gobierno de Maduro – afectado por una crisis de legitimidad y gobernabilidad– no ha sabido llenar. El socialismo del siglo XXI se ha convertido en persistencia del discurso polarizado, agresivo y ofensivo dirigido a todo opositor, cuyo número ya ha superado el de los partidarios.

La presencia de grupos paramilitares prochavistas –los colectivos– listos para reprimir toda forma de oposición no puede sino aumentar resentimientos e indignación en una sociedad en la que la violencia política –además de social– llena las plazas y las calles con ofensas, persecuciones y homicidios. Además, una eventual convivencia pacífica queda aplastada por una rutinización del antiguo carisma de Chávez; se da paso a “un orden político tiránico o despótico, sostenido por un sistema de valores donde la sacralización de Chávez como figura cuasi divina de una religión de Estado se combina con la legitimación por derecho propio de quienes declaran ser sus herederos” (López Maya, 2016: 171). Los constantes rechazos y resistencias por parte de la población exánime hacen que el gobierno la controle con una militarización y represión crecientes y esto –junto con los problemas económicos– hace que la sociedad venezolana permanezca en un estado invariado e invariable de angustia e inestabilidad sociopolítica. El intento social denominado “Socialismo del Siglo XXI” ha fracasado de manera rotunda, probablemente por la inexistencia de una estructura económica sólida que permitiera la ejecución de aquellas políticas sociales en pro del bienestar social a largo plazo; de ahí que esas políticas socialistas hayan terminado dividiendo aún más al pueblo. La dependencia de la renta petrolera y su desaceleración en la producción no

petrolera en el país han sido contraproducentes para su desarrollo y han hecho que el pueblo venezolano llegara a ser dependiente del Estado. Además, el socialismo implementado en Venezuela casi inmediatamente puso en práctica un control sobre la producción nacional, y esto produjo un efecto negativo a raíz de la estatización de sus medios productivos, desmotivando la producción interna a raíz de políticas comerciales proteccionistas, tasas de cambio fijas e importantes medidas arancelarias.

De la misma manera, los enormes recursos empleados para cubrir el gasto público, solventando así los programas sociales, avenan la economía nacional. La dependencia de las importaciones es cada vez más alta, mientras la sujeción casi total a la renta petrolera para hacer frente a las necesidades de su pueblo hace prever un efecto aún más desalentador frente a una caída ulterior del precio del petróleo. La utópica idea del modelo socialista del siglo XXI carece de un cuerpo económico adecuado que le facilite lograr sus objetivos; de ahí el fracaso general y la necesidad de volver a plantear un modelo social adecuado en una fase de populismo difícil de superar.

#### **4. Consideraciones finales**

El proyecto socialista del chavismo no fue capaz de encontrar alternativas posibles para solucionar los problemas estructurales que indujeron a los venezolanos a despedirse de la democracia representativa para entregarse al movimiento bolivariano encabezado por Hugo Chávez. Durante su poder, el chavismo no desarrolló un modelo económico capaz de hacer frente a una economía rentística –muy sensible a la variación de los precios internacionales del barril– ni conjuró las dificultades derivadas de una corrupción imperante. Estableció mecanismos repulsivos de control social, transformó su Poder Judicial en mero agente del Poder Ejecutivo, sin ninguna independencia. El partido único llevó la voz cantante, adormeciendo, rechazando o incluso eliminando a la oposición, y sometiendo a las autoridades electorales para luego transformarlas en medios empleados para intentar perpetuarse en el poder de manera totalmente descarada.

El chavismo se centró en distribuir el ingreso fiscal petrolero a los pobres, sin sentar las bases para una eficaz estrategia productiva. De ahí que la crisis de finales del siglo XX haya desembocado en la actual, aún más exacerbada por el paso del tiempo y por la llegada de regímenes cada vez más autoritarios. Al vivir “de la renta”, Venezuela se ha convertido en un Petroestado ineficiente, corrupto, desabastecido, hiperinflado y

violento no solo social sino también políticamente a causa de un discurso oficial polarizado que incita al atropello, a la violación y al incumplimiento de las leyes.

Muchos de nosotros vivimos primero con recelo, luego con adhesión y finalmente con desconcierto la evolución –mejor dicho, la involución– del proceso revolucionario chavista-madurista venezolano. Las primeras reformas y misiones parecían seguir el programa de renovación económica y social, fundamentado en la convicción de que el socialismo del siglo XXI no habría sido otra cosa sino una mayor y más ecuánime redistribución de la enorme riqueza procedente del petróleo. Se podía y debía intentar combinar legalidad y socialismo. Esto sería realmente revolucionario: ensanchar el ámbito de las libertades individuales, reformar la justicia, romper con la marginación, garantizar la seguridad personal e individual de todos los ciudadanos, así como una libre iniciativa y un capitalismo que ya no pisotearan los derechos de los trabajadores, garantizándoles la facultad de vivir, y no de sobrevivir, tal y como ocurría en la corrupta democraciapuntofijista. Lastimosamente todo se tradujo en asegurar la reelección *ad libitum* del Presidente de la República, un hombre que acumula el poder y lo comparte con sus familiares y cortesanos de turno, sostenidos por un voto popular que, entre referéndum y elecciones presidenciales, legislativas y administrativas cada año o poco más, avala decisiones ya tomadas y que solo necesitan del rito formal de una democracia ya muerta y sepultada.

Esperemos ser cada vez más valientes y conscientes del hecho de que, a veces, la esperanza de mejorar nos permite entender si la situación puede incluso empeorar. Todos –venezolanos y venezolanistas–, decepcionados por el fracaso de los padres fundadores de la democracia –Betancourt, Caldera, Villalba, etc.– esperábamos hallar en la “bonita” revolución bolivariana un viraje democrático, progresista, también socialista; en cambio, nos encontramos con un coronel más, capaz de inventar una democracia plebiscitaria y un populismo miserando y pauperístico. La democracia solo conoce una libertad, la de la libre expresión de la voluntad popular, que se materializa en la representación y en el respeto pleno y consciente de las reglas por parte de todos, *in primis* de quien detiene el poder.

Vamos a concluir este breve ensayo con la esperanza de que las cosas cambien y de que este país encuentre su ritmo y camino. No podemos pensar en que esto no pueda ocurrir, aunque por ahora no hay nada que nos lo haga entrever. Lo cierto es que la propuesta del “socialismo del siglo XXI” ha fallado visiblemente. La sociedad venezolana – incapaz de alimentarse a sí misma– hoy tiene muchos desafíos por delante y

probablemente sea muy difícil que los solucione si no se recomponen los cimientos de convivencia de paz y democracia, lo cual podrá darse frente al reconocimiento –antes que todo interior– de los errores cometidos en las últimas décadas, para que –unida y ayudada– Venezuela vuelva a apoderarse de su ser, a vencer y a despertarse de sus propias cenizas.

## 5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amaya, J. y Pino, J. (2015). “Modelo de desarrollo y élites económicas en Bolivia: análisis de la concepción de desarrollo ancestral del presidente Evo Morales”, **Hallazgos**, 12 (24): 241-255.
- Basabe-Serrano, S. y Martínez, J. (2014). “Ecuador: Cada vez menos democracia, cada vez más autoritarismo con elecciones”, **Revista de Ciencia Política**, 34 (1): 145-170.
- Dieterich Steffan, H. (2005). **Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI**. Instituto Municipal de Publicaciones de la Alcaldía de Caracas, Caracas.
- Dieterich Steffan, H. (2006). **La democracia participativa. El socialismo del siglo XXI**. Gara Egunkaria, Zaragoza.
- Gerchunoff, P., y Aguirre, H. (2004). “La política económica de Kirchner en la Argentina: varios estilos, una sola agenda”, **Boletín del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos**, 48: 1-27.
- Hamburger Fernández, Á.A. (2014). “El socialismo del siglo XXI en América Latina: características, desarrollos y desafíos”, **Revista de relaciones internacionales, estrategia y seguridad**, 9 (1): 131-154.
- Harnecker, M. (2011). “Democracia y socialismo: el futuro enraizado en el presente”, **Estudios críticos del desarrollo**, I (1): 151-182.
- López Maya, M. (2016). “La crisis del chavismo en la Venezuela actual”, **Estudios latinoamericanos**, 38: 159-185.
- López Maya, M. y Lander, L.E. (2007). “Venezuela: las elecciones presidenciales de 2006 ¿Hacia el socialismo del siglo XXI?”. En Cheresky, I. (comp.). **Elecciones presidenciales y giro político en América Latina**. Manantial, Buenos Aires.
- Martínez Heredia, F. (2008). “Socialismo”, **Cuadernos de Pensamiento Crítico RUTH**, 1: 13-39.

- Mujica, N., y Rincón, S. (2008). “Quinto momento de la Quinta República: El socialismo del siglo XXI”, **Revista Venezolana de Gerencia**, 13 (42): 244-272.
- Muñoz, M., y Retamozo, M. (2008). “Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea: Efectos políticos de los usos de ‘pueblo’ en la retórica de Néstor Kirchner”, **Perfiles latinoamericanos**, 16 (31): 121-149.
- Nieto, L.V. (2013). “Venezuela y Brasil: aspectos económicos del socialismo del siglo XXI”, Universidad Militar Nueva Granada. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10654/11158>.
- Palmisciano, G. y Scocozza, A. (2011). “**Fratelli di... Chávez**”. **Dieci anni di rivoluzione bolivariana nella pubblicistica italiana (1999-2009)**. Le Càriti Editore, Florencia.
- Ramírez Bonilla, D.A. (2015). “La crisis capitalista mundial, América Latina y Ecuador: ¿socialismo del siglo XXI o neoextractivismo progresista?”, **Sociedad y Economía**, 28: 51-74.
- Ramírez Montañez, J.C. (2017). “El socialismo del siglo XXI en el contexto de la nueva izquierda latinoamericana”, **Revista andina de estudios políticos**, vol. 7, n. 2: 92-110.